

LA ENFERMEDAD EN ESPAÑOL: ENFOQUE ETNOLINGÜÍSTICO A TRAVÉS DEL *DICCIONARIO IDEOLÓGICO* DE JULIO CASARES

MARÍA ISABEL RODRÍGUEZ PONCE
Universidad de Extremadura

Resumen

Este artículo, mediante la combinación de criterios metodológicos de la Etnolingüística y de la Semántica cognitiva, pretende ofrecer una perspectiva sobre la interpretación cultural de la enfermedad en español, tomando como base el léxico común reflejado en el *Diccionario ideológico* de Julio Casares. Analizando los vocablos vinculados con los conceptos de enfermedad y de delgadez, se comprobará que, a pesar del avance científico y tecnológico, algunos aspectos tradicionales de nuestra actitud cultural hacia la enfermedad y de nuestras manifestaciones lingüísticas sobre la misma todavía permanecen.

Palabras clave: Enfermedad, Etnolingüística, léxico.

Abstract

This paper offers an approach to the cultural interpretation of illness in Spanish as reflected in its vocabulary. It takes as its main corpus of analysis the body of illness vocabulary and phrases registered in Casares' *Diccionario ideológico*. By analysing the words linked with «illness» and the closely related concept «slimness», it will be shown that, in spite of scientific and technological progress, some traditional aspects of our cultural attitude towards illness and the linguistic expressions we use to talk about it still remain.

Keywords: Illness, Linguistic Anthropology, vocabulary.

El interés del presente trabajo reside en hacer una reflexión sobre la interpretación cultural de la enfermedad a través de las manifestaciones lingüísticas, centrándonos específicamente en el léxico común y tomando como fuente principal el *Diccionario ideológico* de Julio Casares. Si el vocabulario de un idioma refleja las distinciones diarias que son importantes para una sociedad, una cuestión como la enfermedad tiene que hallarse necesi-

riamente incardinada en él. No obstante, nuestra actitud cultural hacia ella ha variado sensiblemente a lo largo del tiempo. De este cambio es responsable el avance científico y tecnológico, cuyos términos han ido invadiendo progresivamente la conversación cotidiana hasta desbancar incluso a muchos otros (*cf. calentura y fiebre*).

En la selección de este *corpus* resulta inevitable un acercamiento a los fraseologismos, justificado en la medida en que son un excepcional depósito de la cultura, pero no constituirán nuestro objetivo principal. Asimismo, quedan fuera de nuestro ámbito de acción las terminologías y nomenclaturas especializadas. Para obtener el material de análisis se han revisado exhaustivamente en el *Diccionario ideológico* de Julio Casares los vocablos relativos, en primer lugar, a la propia enfermedad¹, y después a todos aquellos campos que pudieran aportar datos útiles al estudio (*delgadez, debilidad...*). Aunque hay que resaltar el interesantísimo examen etnolingüístico al que se prestan muchas de estas divisiones, existe una relación que se impone de forma evidente sobre las demás: en primer lugar, por la profusión de palabras; en segundo, por las subconexiones que establece con otros campos como *debilidad* o *muerte*; y, por último, por el impacto interpretativo que supone desde el punto de vista etnolingüístico. Se trata de la vinculación entre *enfermedad* y *delgadez*.

Nuestra metodología se basa en una combinación de criterios etnolingüísticos y cognitivos. En efecto, sería incoherente por nuestra parte dejar de considerar los hallazgos de la Semántica cognitiva en este terreno. Hay estudios que analizan la estructuración metafórica de las expresiones idiomáticas relacionadas con la delgadez en diferentes lenguas, entre otros, A. Pamies, basándose en R.W. Gibbs. Este conjunto de metáforas es aparentemente arbitrario, pero en realidad su extensión y variedad se originan en un número relativamente escaso de dominios-fuente (*cuerpo, movimiento, objeto, animal y muerte*) que, solos o combinados, producen una serie de modelos icónicos y de archimetáforas. Además de estos modelos, ligados fuertemente a lo material, Pamies reconoce que la mitología y la religión constituyen el dominio-fuente de muchas expresiones de este tipo (*estar en la espina de Santa Lucía*),

¹ Otros diccionarios ideológicos del español, como el Vox, pese a no constituir el objeto de estudio de este trabajo, se han utilizado para establecer un contraste de este léxico en el tiempo. De cualquier forma, en nuestra opinión, el Vox actúa con un criterio excesivamente «reductor» con respecto a J. Casares, por lo que la pérdida de información léxica resulta muy considerable. Por otra parte, la ordenación y definiciones del diccionario de Casares se han contrastado con las *Diccionario de la lengua española* de la RAE y con las del *Diccionario de uso del español* de María Moliner, en su última edición y en la versión electrónica de la misma, en consideración a la concepción fuertemente ideológica que presenta éste último (*cf. J.Á. Porto Dapena*).

y habla en este caso de modelos *culturales* cuya proyección metafórica es más compleja que en los anteriores.

Esta clasificación cognitiva fundamentará nuestro análisis del léxico común, pero con matizaciones, ya que hay aspectos en ella que, a nuestro entender, resultan poco satisfactorios o incluso forzados. De este modo, se da una excesiva diversificación de archimetáforas; o bien, hay una falta de correspondencia entre los enunciados de algunas de ellas («el cuerpo de la persona delgada es un recipiente que se vacía») y los ejemplos que se proponen para ilustrarlas (*ser un saco de huesos*).

I. El concepto de enfermedad y su léxico

La información cultural que se obtiene del más leve análisis del léxico resulta asombrosa, y en el caso del referido a la enfermedad no lo es menos. La primera evidencia es el fuerte trasfondo metafórico que hay en un gran porcentaje de los vocablos, como se observará en los apartados que se establecen a continuación.

1. LA ENFERMEDAD COMO LUGAR

Respondiendo al sistema metafórico orientacional de la mayoría de las culturas, en español la enfermedad es un lugar situado abajo, donde se halla todo lo negativo; y más concretamente se le asocia el rasgo de la horizontalidad. El plano metafórico general es el tópico de la vida como un camino en el que la enfermedad representa un obstáculo, tropiezo o *caída*². Además, la enfermedad puede volver (*recaída, recaer*). La *caída* definitiva y última es la muerte, hasta tal punto que ese significado se especializa en un término como *caído* («muerto por una causa») y en otras acepciones del verbo *caer* («perder la vida en una lucha», *caer redondo, caer muerto*). Podemos *caer enfermos* o *caer malos*, variante más dialectal o situacional. La persona que no acaba de convalecer de una enfermedad *no levanta cabeza*, no recupera la verticalidad que está identificada con la salud. Un idéntico principio explicativo encontramos en la descripción de algunos síntomas de enfermedad, como *aplanarse* o *estar aplanado*. Por último, la enfermedad grave que acerca al fin de la vida también se conceptualiza espacialmente en expresiones como *encontrarse a las puertas de la muerte*³.

² Ese plano es compartido por otros procesos metafóricos o metonímicos. Por ejemplo, *jornada* («camino recorrido en un día») puede funcionar como sinónimo de muerte porque hay una metonimia de antigua raigambre en nuestra cultura entre el día y la vida.

³ En este tipo de expresiones idiomáticas se debe tener muy en cuenta la potente influencia de la mitología y de la religión. Tanto el cielo como el infierno se han concebido tradicionalmente como lugares, territorios delimitados con rituales específicos de entrada.

2. LAS PROSOPOPEYAS DE LA ENFERMEDAD

La metáfora no es la única figura retórica que actúa como raíz en el léxico de la enfermedad. Como veremos en el desarrollo de los siguientes apartados, cobran una especial importancia la metonimia y la prosopopeya, figuras asociadas comúnmente a los procesos metafóricos. Desde el punto de vista cognitivo, resulta muy pertinente la presencia de metáforas prosopopéicas en la constitución de este conjunto de palabras. La enfermedad se enfoca cognitivamente como un ser vivo con voluntad que amenaza la integridad del hombre por diferentes medios e incluso puede «devorarlo» desde su interior⁴. Una persona puede *estar tocada* de una enfermedad; o a alguien puede *rondarle* una enfermedad, expresión de la que además podemos extraer una motivación cultural muy clara (véanse las acepciones de *ronda* y *rondar* referidas al cortejo amoroso en español). En una progresión, el acercamiento indirecto que supone *rondar* puede convertirse en un *atacar* muy directo, y el individuo puede *luchar* con la enfermedad e incluso con la propia muerte. Ya dentro de un proceso claramente animalizador, la enfermedad puede *agarrarse* a la persona o a una parte u órgano de su cuerpo.

3. OBJETOS, PROCESOS Y FENÓMENOS DE LA NATURALEZA

El estado de madurez, perfección y sabor en los alimentos naturales (la sazón) sirve como metáfora para la enfermedad humana. Ése es el origen de *desazón* y *desazonarse*, que con el tiempo se han especializado en designaciones no específicamente físicas. Del mismo modo, el proceso cronológicamente subsecuente al anterior (la putrefacción) nombra a través de *podrigorio* o *pudrigorio* a la persona llena de achaques, y establece un vínculo evidente con el campo cercano de la muerte. Con ese territorio lindan también *cascar* y *casgado*, que remiten a la ruptura de un objeto quebradizo, más concretamente de la cáscara de los frutos secos. La *gota* explica un proceso que ocurre en el interior del cuerpo equiparándolo con un proceso natural externo (el «escurrimiento de un líquido»). Las propias calificaciones de las enfermedades y de sus grados revelan un extenso conocimiento del mundo natural. Así, un mal puede describirse como *larvado*, todo lo contrario de las enfermedades *galopantes* o *fulminantes*, que avanzan repentina y rápidamente hacia la muerte. Otras enfermedades o dolores son *agudos*, por comparación con objetos punzantes, naturales o no.

⁴ Según M. Grmek, en la concepción primitiva la enfermedad es un objeto material inanimado procedente del exterior que se ha introducido en el organismo (teoría corpuscular), un ser vivo material (teoría parasitaria) o un ser inmaterial (teoría demoníaca).

4. OBJETOS NO NATURALES

Una amplia serie de realidades construidas por el hombre son el sustento metafórico de muchos términos relacionados con la enfermedad. Así sucede con la tradicional identificación entre cuerpo y casa en *ruina*, *ruinera* o *gotera* ('achaque'). *Destemple* y *destemplarse*, aunque ofrecen también una referencia térmica, muestran una metáfora del ser humano como instrumento musical de cuerda, particularmente como una guitarra. La desafinación del instrumento equivale a la alteración de la temperatura y al consecuente malestar en la persona. *Lacra* viene de *lacre*, palabra que designa la pasta roja utilizada habitualmente en otros tiempos para sellar cartas y documentos. Su adaptación al campo de la enfermedad se explica por la costra roja que dejan las heridas o las llagas, y se extiende a cualquier huella física o moral de una enfermedad. En una especie de metonimia, los propios medios de curación pueden convertirse en sinónimos de enfermedad: una de las acepciones de *cataplasma* es «persona llena de achaques». En *estar hecho una odrina* la metáfora también alcanza tintes metonímicos. La *odrina*, algo mayor que el *odre*, es uno de los recipientes de piel animal que en nuestra cultura han servido para el trasiego y la conservación del vino. Casi todos ellos han funcionado metafóricamente para nombrar a las personas que abusan del alcohol. La *odrina* se orienta hacia el terreno de la enfermedad porque se trataba de un odre lleno de *botanas* ('costuras', 'remiendos'), como una persona cubierta de cicatrices por enfermedad o por intervenciones quirúrgicas.

5. INDICACIÓN DEL ORIGEN GEOGRÁFICO O HISTÓRICO

Muchas denominaciones de enfermedades nos informan sobre su origen geográfico e incluso sobre las circunstancias históricas de su propagación. Así ocurre con *tifo de Oriente* o *peste levantina* para la peste bubónica. El *tifo de América* se llamó así por provenir de la zona tropical americana, aunque también podía llegar de la misma zona en África. No es otra cosa que la *fiebre amarilla*, designada así por la ictericia que coloreaba la piel del enfermo⁵. La malaria o paludismo fue denominado en otras épocas *fiebre de Malta*, *fiebre de Chipre*, *fiebre de Nápoles*, *fiebre de Gibraltar* y más generalmente *fiebre mediterránea* porque, en el ámbito europeo, predominó en los países del Mediterráneo, concretamente en sus islas, en las que la situación geográfica y el clima favorecían la presencia endémica de la enfermedad. La sífilis, aparecida a finales del siglo xv, debe este nombre a un mito, pero durante mucho tiempo fue conocida en español y en otras lenguas (p. ej., en italiano) como el *mal francés*

⁵ A veces sucede que la misma enfermedad tiene denominaciones distintas basadas en síntomas diferentes. La fiebre amarilla también fue llamada *vómito negro* o *vómito prieto* por las hemorragias gastrointestinales que producía.

o *mal gálico* (*morbo gálico*). Sin embargo, para los franceses es el *mal napolitano* o *de Nápoles*, pues está comprobado en la época el contagio entre soldados españoles y franceses a través de las mujeres napolitanas. De todas formas, en este ejemplo concreto, la versatilidad en la denominación esconde una motivación fuertemente cultural. Para los italianos es el *mal francés*; para los franceses, el *mal napolitano*; para los españoles, el *mal alemán*; para los holandeses, el *mal español*; para los rusos, el *mal de los polacos*; para los turcos, el *mal de los cristianos*. Es decir, siempre es el mal que trae el otro, el enemigo.

6. REFERENCIAS RELIGIOSAS E HISTÓRICAS

Además de las explícitas referencias a la religión que albergan fraseologismos como *no estar católico*, por «no encontrarse bien de salud», algunas denominaciones de enfermedades contienen alusiones a la divinidad o a elementos religiosos como los santos. Es lo que sucede con una antigua enfermedad que recibía nombres diversos: *fuego de San Antón* o *San Antonio*, *mal de San Antonio*, *mal de fuego*, *fuego de San Marcial*, *fuego sacro* o *fuego sagrado*. Se trataba de una dolencia que gangrenaba las entrañas y las extremidades por la acción de un hongo parásito del centeno, el cornezuelo. La denominación *fuego de San Antón* se debe a la cura del mal que bajo la advocación de este santo se realizaba en ciertos lugares, como el Hospital de San Antón de Castrojeriz, en el Camino de Santiago francés. *Fuego sacro*, *fuego sagrado* o *mensaje divino* están motivados por el potente efecto alucinógeno que causaba la enfermedad, ya que el principio activo de los alcaloides del cornezuelo es el ácido lisérgico (LSD).

7. REFERENCIAS A LA MUERTE

Además de las ya señaladas (*podrigorio*, *cascar*), mencionaremos ahora adjetivos como *acabado* o *rematado*, cuyas primeras acepciones se refieren a la muerte, pero que pueden usarse para describir una situación de enfermedad más o menos grave. Mucho más explícita es la referencia en expresiones idiomáticas que reflejan el alto grado de gravedad de una enfermedad, como estar *con un pie en la sepultura* o *con un pie en el hoyo*⁶.

II. La enfermedad y la delgadez

Entre los términos relacionados con la enfermedad, J. Casares incluye un grupo que se repite al tratar la delgadez: *morriña*, *enteco*, *hético*, *canijo*, *delicado*, *quebradizo*, *trasojado*, *endeble*, *alfeñique*, *quebrantarse*, *descomponerse*, *aniquilarse*,

⁶ Además, estas expresiones aportan una información cultural sobre el tipo de enterramiento. Aunque las formas lingüísticas no han variado, sí lo ha hecho la realidad por las necesidades sociales.

descriarse... Al comprobar las acepciones de los vocablos que se contienen bajo el concepto de delgadez, siempre se encuentra alguna que deriva hacia la debilidad o hacia la enfermedad. En principio, parece que la cualidad de delgado no tendría por qué establecer ninguna relación directa con el mal físico; de hecho, las indicaciones de la medicina moderna se orientan en sentido contrario. Pero es evidente que la lengua ha codificado una serie de tradiciones y creencias muy fuertemente asentadas en nuestra cultura, como, por ejemplo, la relación de causa-efecto entre la cantidad de materia blanda del cuerpo y la salud y vitalidad del mismo. La propia etimología del término central del campo (*delgado* < *delicatus*) remite a las nociones de ‘enfermo’, ‘enfermizo’, ‘débil’; y hasta el doblete culto *delicado*, cuando se aplica a personas con el verbo *estar*, envía inevitablemente al ámbito de la salud. Por otra parte, uno de los adjetivos que expresa el grado máximo de delgadez (*flaco* < *flaccus*) también confirma en su etimología un enlace con la debilidad y la enfermedad, y como sinónimo de ‘enfermo’, ‘doliente’ se empleó en otras épocas del castellano (en la *Gran Conquista de Ultramar*). Lo mismo sucede con otros adjetivos de este grupo, como *enclenque*.

En suma, la delgadez y la enfermedad parecen ser puntos entremezclados de un *continuum*. La delgadez, como la enfermedad, es una «pequeña muerte», una muerte en vida que anticipa la pérdida total y definitiva de la materia corporal⁷. Por ello, en la clasificación que ofrecemos a continuación muchos términos de estos campos aparecen interconectados.

I. LA PÉRDIDA DE LA MATERIAL CORPORAL

Se corresponde con el primer modelo icónico del concepto *delgadez*, pero se articula aquí en dos vertientes: por una parte, la pérdida de materia líquida o humedad (*1a*); y, por otra, la pérdida de materia sólida (*1b*).

1a. La pérdida de materia líquida

El término nuclear es *seco*⁸, *secar(se)*, con variantes intensificadas como *reseco* o *desequido*, éste último en desuso. Alrededor se disponen diversos vocablos que tienen como sema común la extracción de un líquido o jugo: *chupado*, *chuparse*, *enjuto*, *enjugarse*, *lamido*, *escurrido*. La pérdida de materia líquida o humedad se halla íntimamente relacionada con el cuarto modelo icónico de la delgadez (*muerte*), en concreto con la archimetáfora «la delgadez es la sequedad». Ya hemos visto que ésta última se vinculaba al tercer modelo (*animal*) porque podía referirse a animales comestibles conservados en sal. Es

⁷ Metafóricamente, como hemos señalado, la enfermedad se vincula a la horizontalidad. La delgadez y la enfermedad se unen a la muerte, que supone un estado definitivo de horizontalidad en las formas más comunes de enterramiento.

⁸ Obsérvese la conexión con la muerte en expresiones como *dejar seco*.

posible efectuar una equiparación entre este tipo de productos y las personas muy delgadas y enfermas, o incluso cercanas a la muerte por razón de su edad. Lo que sí resulta interesante es la referencia cultural que atesora este léxico. La salazón como forma de conservación de alimentos es una técnica milenaria, esencial en las relaciones económicas en la cuenca mediterránea, y cuyas profundas raíces históricas se reflejan en términos como *amojarse*, *amojamamiento*, *amojado*, *acecinarse*⁹. Un sinónimo de estas últimas para el que también puede rastrearse un origen animal es *apergaminarse*, pero una vez más se entremezclan otras motivaciones culturales importantísimas, ya que el pergamino es la piel de res desecada y preparada para la escritura y su uso habitual tiene, como sabemos, un límite cronológico. *Avellanarse* es otro vocablo que los diccionarios consideran sinónimo de los anteriores, pero el sustento metafórico del mismo se orienta hacia lo vegetal en lugar de hacia lo animal. Prueba de la relación de estos ejemplos con el cuarto modelo icónico es que otros términos de este grupo como *momia* o *esmirriado* (< *mirra*) se refieren explícitamente a las técnicas de conservación de cadáveres humanos.

1b. La pérdida de materia sólida

Puede subdividirse, a su vez, en dos grupos. En el primero la referencia general es *carne*: *carniseco*, *tener pocas chichas* o *guijas*, *descarnado*. Se trata de un grupo que linda con uno de los apartados que describiremos posteriormente, en el que aparecen el armazón del cuerpo y sus partes (los huesos). Además, se establece una vinculación directa con la muerte a través del adjetivo *descarnado*, empleado en uno de los apelativos más usuales de la misma (*la Descarnada*). El segundo grupo es más específico, porque la materia blanda que se pierde es la grasa: *desengrasar*, *desengrosar*, *magro*, *momio*. La carne sin gordura (*macer*) es también la base de un verbo como *demacrarse* (y sus derivados), que significaba en principio el enflaquecimiento por la pérdida de grasa y que con el paso del tiempo se orienta a la designación de síntoma de enfermedad con un matiz cromático¹⁰.

2. LA APARICIÓN DEL ARMazón DEL CUERPO

La desaparición progresiva de la materia corporal blanda implica la aparición de la materia dura, de los huesos, y en este terreno la lengua recurre a la hipérbole para lograr sus fines expresivos. Es como si lingüística y retóri-

⁹ Se establece un contraste con el uso de *escabechar* como sinónimo de *matar*, especialmente con arma blanca. El *escabeche* también es otro método de conservación de alimentos, pero en un medio húmedo. Seguramente este empleo de *escabeche* insista más en aspectos como la ruptura del cuerpo, por ejemplo.

¹⁰ *Demacrado*, como *macilento*, implica 'pálido' y 'flaco'. *Trasojado* figura en los diccionarios como sinónimo de *demacrado* y de *ojeroso*, y entra en juego paronomásico con *trasijado* ('flaco', 'muy delgado').

camente la cultura quisiera dejar constancia de la gravedad de este proceso. La alusión más directa la hallamos en el sustantivo *esqueleto*, usado con *ser* y *parecer*, y en los adjetivos derivados *esqueletado* y *esquelético*. *Raquítico* (etimológicamente «relativo a la columna vertebral», en María Moliner) llega a través del griego con el mismo significado inicial, y es un vocablo que comparten la lengua común y la terminología. En el *trasijado* los huesos de las costillas y de la cadera aparecen por la pérdida de carne en ese espacio (*ijar*); y en *zancarrón* vemos entremezclarse la motivación animal, pues este calificativo («hombre viejo, flaco y feo») proviene del «hueso de pierna de res despedazada para el consumo que no tiene o apenas tiene carne». En este grupo sorprende la abrumadora presencia de fraseologismos. Unos precisan el resultado y otros perspectivizan el proceso de adelgazamiento, dependiendo del verbo que utilicen (*estar* y *quedarse*, respectivamente). En todos ellos el mecanismo fundamental es la hipérbole (*poderle contar los huesos a alguien*). Lo más frecuente es la aparición del sustantivo *huesos*, con el que se nos ofrece una visión global del cuerpo (*estar en los huesos*, *quedarse en los huesos*, *podérsele contar los huesos*). Pero a veces se selecciona una parte de ese conjunto: la que resulta principal (*estar en la espina*, *quedarse en la espina*, *quedarse en la espina de Santa Lucía*); o la que sobresale más fácil y rápidamente en el proceso de adelgazamiento (*poderle contar las costillas a alguien*). Algunas expresiones no hacen referencia explícita a los huesos ni al esqueleto, pero sí a su función (*quedarse en firme*).

Existe una expresión que parece el reverso de las expuestas anteriormente, porque supone adoptar el otro enfoque posible en este proceso: el externo (*no tener más que el pellejo*). Cuando en el cuerpo prácticamente sólo hay huesos, el «envoltorio» del mismo permanece, pero sufre una degradación que podemos apreciar lingüísticamente. Por ello la cuarta archimetáfora del primer modelo icónico sobre la delgadez («el cuerpo delgado es un recipiente que se vacía») y sus metáforas concretas (*estar hecho un costal/saco de huesos*) se clasifican mejor en el dominio de los objetos. Volviendo a *no tener más que el pellejo*, el proceso de degradación es visible, pues podemos clasificarlo, de manera progresiva, en los dominios *animal* y *objeto*. El *pellejo* es la piel de un animal que, una vez separada del cuerpo, se convierte en envase tradicional de líquidos como el aceite o el vino. Cuando usamos un verbo como *despellejar* con el valor de ‘criticar’, estamos activando este mecanismo degradador. Uno de sus efectos más patentes es el empleo de *pellejo* en multitud de expresiones idiomáticas sinónimas de *muerte* o de *matar* en español¹¹: *perder el pellejo*, *dejarse el pellejo*, *jugarse el pellejo*, *soltar el pellejo*, *pagar con el pellejo*, *quitar el pellejo*.

¹¹ El diccionario de María Moliner nos aclara que *pellejo* se aplica al hombre con el sentido de ‘vida’. Como contrapunto a las expresiones expuestas arriba, se hallan *conservar* o *salvar el*

3. HACIA LA FRAGMENTACIÓN Y LA DISOLUCIÓN DEL SER

En la gradación que estamos estableciendo, siempre en torno al cuerpo como dominio principal, las dolencias y el proceso de adelgazamiento llevan a éste a un punto máximo de tensión que tiene como consecuencias la ruptura o la desintegración. Realmente, en ese momento el cuerpo es más que nunca un «objeto», y el léxico lo refleja de una manera muy notable en ciertos usos de palabras como *deshacerse*, *descomponerse* o *quebrantarse*¹², que implican la pérdida de la categoría de persona. Otros elementos de este grupo adoptan una perspectiva distinta, como *descriarse*, en el que mediante la creación léxica se consigue «invertir» la línea cronológica. En *consumirse*, *consumido*, *gastarse*, *gastado* el proceso destructivo es gradual. El punto final de la escala lo marca un verbo como *aniquilar(se)*.

4. EL DOMINIO «ANIMAL-VEGETAL»

La archimetáfora del modelo icónico *animal* sobre la delgadez establecía que «la persona delgada es un animal». Pero muchas veces la base metafórica de este léxico no efectúa una identificación completa, sino que compara a la persona con una parte, una característica o un comportamiento del animal. Esta característica o comportamiento ni siquiera tienen por qué ser intrínsecos a la naturaleza del mismo, sino que pueden estar determinados culturalmente. Puede haber una cierta identificación formal en calificativos como *lambrijo*, *lambrija* (< *lumbricula* ‘lombriz’), *escuerso*, *flamenco*, o en el origen de *canijo* (< *canicula* ‘perrita’); pero en éste último la motivación parece basarse más en un conocimiento cultural: el hambre que tradicionalmente han padecido estos animales, reflejada incluso en la fraseología (*pasar más hambre que el perro de un ciego*). A diferencia de la época actual, antes los perros sólo comían sobras, cuando las había. El ya mencionado *zancarrón* se refiere a un producto alimenticio (parte del hueso del animal). El adjetivo *escuálido* tiene su origen en el orden de los escales. Su primera acepción (‘muy sucio’) se acerca algo a su etimología (‘áspero’, ‘tosco’), que se refiere a la dureza de

pellejo, que surgen asimismo de una circunstancia de amenaza vital. Cultural y cognitivamente estas expresiones aportan unos matices interesantísimos. La aparición del verbo *jugarse* ofrece una visión de la vida en la que predominan los conceptos de azar y destino. *Pagar con el pellejo* implica una consideración de intercambio comercial para la vida que sólo se comprende cabalmente en un contexto religioso. *Soltar el pellejo* adelanta la visión fragmentada del ser que analizaremos en el apartado inmediatamente posterior. Esta expresión idiomática parece reflejar la metáfora de la escisión del *yo* en la que el sujeto es una persona y el *yo* puede ser otra persona o un objeto.

¹² Con *quebrantarse* se relacionan los ya comentados *cascado* y *cascar*. Éste último no es único entre los concernientes a la muerte y al hecho de matar como fragmentación total y definitiva: *estrellarse*, *quebrarse/vidriarse los ojos*, *saltar la tapa de los sesos*, *sacar uno los tuétanos a otro*, *sacamantecas*, *carnear*, *hacer carne*, *hacer riza*.

la piel de estos peces. Animales tan esenciales en nuestra cultura y sociedad tradicionales como los rumiantes¹³ están representados léxicamente en adjetivos como *vomitado* ('demacrado', 'pálido', 'raquíutico') y en expresiones como *sin tripas ni cuajar*.

Cáncer es un tecnicismo que ha prosperado en la lengua común sobre las formas patrimoniales (*cancro*, *cangro*), y que también posee origen animal (< *cancer*, *cancrī* < *καρκίvos* 'cangrejo'). El cáncer es una de las enfermedades que mejor se ha identificado con la prosopopeya de la enfermedad como ser activo con voluntad. S. Sontag recoge la creencia de que las fuerzas reprimidas de la ira o incluso del deseo sexual se transforman en entes reales dentro de la persona y dan lugar a este padecimiento. De hecho, el cáncer ha generado muchas metáforas animales (*predador* invencible) o de sustrato bélico (*invadir*, *invasión*). Estas antiguas metáforas militares se justifican todavía más con el paso del tiempo, pues gracias a la tecnología tenemos la prueba fehaciente de que las enfermedades están causadas por organismos vivos identificables. Sin embargo, la denominación del cáncer se debe a la forma externa de algunos tumores, parecida a la pinza de un cangrejo¹⁴, y no al hecho de que la acción de la metástasis pueda compararse con la de estos animales.

Como dominio-fuente, lo vegetal no aparece en el análisis cognitivo del concepto *delgadez*. Realmente, su presencia es mucho menos notable que la del dominio *animal*, pero no deja de ofrecer una perspectiva muy interesante de la observación natural en la constitución del léxico. *Desmedrar* es la inversión del proceso del crecimiento en plantas, animales y personas, y tiene un sinónimo con base metafórica exclusivamente vegetal en *ennudecer* («no desarrollarse un árbol o injerto», en su primera acepción). El fruto de esta falta de desarrollo es el *redrojo* o *redruejo* («racimillo de los que quedan después de vendimiarse», «flor o fruto tardío, sin desarrollarse»), aplicado sobre todo a los niños raquíuticos. *Cenceño* (< *cincinnus* 'sarmiento') es un sinónimo de *delgado* para plantas, animales y personas¹⁵. El último paso de este pro-

¹³ Otro animal emblemático de la cultura española que queda reflejado, en este caso en el léxico relativo a la muerte, es el cerdo. *Acochinar* («matar a alguien sujetándole previamente») es la representación del rito de la matanza en una sola palabra. *Atocinar* es «matar a alguien» en su tercera acepción, pero «abrir el cerdo en canal» en la primera: también en un solo vocablo se describe una de las fases más importantes de la matanza, pues en ella se logra el producto principal que servirá para subsistir. Otros verbos, ya en desuso, empleados como sinónimos de *matar* para seres humanos (*acogotar*, *acachorrar*, *apercollar*), revelan una de las técnicas de dar muerte a los animales más primarias y antiguas en nuestra cultura.

¹⁴ Muy significativamente, una de las acepciones secundarias de *cáncer* en griego es 'tenaza', 'instrumento de tortura'.

¹⁵ Este caso puede incluirse también en el dominio *objeto*, pues cumple con su archimetáfora principal (el sarmiento es un objeto largo y fino de origen natural). Hay que señalar en estas

ceso lo representa el ya mencionado *avellanar(se)*, habitual en contextos que implican vejez.

5. OBJETOS Y SUSTANCIAS

En el modelo icónico *objeto*, la archimetáfora enunciaba que «el cuerpo de la persona delgada era un objeto largo y fino». En el léxico analizado esta archimetáfora se confirma en *afilado*; en el mejicanismo *acordonado*; en *varearse*, con el valor de ‘adelgazar’; en *fideo* (*ser un fideo, estar como un fideo*); o en el empleo del arabismo *alfeñique* («barrita de caramelo retorcida»), ya que todas estas expresiones reproducen la forma citada anteriormente. Hay otro ejemplo algo más complejo que también podría incluirse en este grupo: *deshilarse* por ‘adelgazar’. Podemos considerar el *hilo* como un objeto largo y fino que conforma el *tejido* de la vida. En realidad, el alcance metafórico de *deshilarse* sobrepasa el dominio *objeto* y alcanza el de los mitos: uno de los apelativos de la muerte es *la parca*, encargada de *cortar el hilo o la hebra de la vida*. El hilo y otros objetos relacionados con él también son protagonistas en vocablos que indican una forma de malestar físico: *desmadejado, desmadejarse, desmadejamiento*.

Según mencionábamos en otro apartado, consideramos expresiones como *estar hecho un costal de huesos* o *no tener más que el pellejo* dentro del dominio *objeto*, como parte de un proceso de degradación del «continente» humano. Otros fraseologismos revelan con claridad su funcionamiento hiperbólico (*salirse por el corbatín*) e introducen elementos cuyo análisis cultural resulta sugestivo. *Estar como el naipe* responde a la archimetáfora de este dominio, pues la atención se enfoca en el filo del objeto que sirve como base de comparación. La importancia de los naipes como medio tradicional de ocio en la cultura popular llega incluso a nuestros días.

Los diccionarios consideran *acartonarse* como sinónimo de *amojarse, acecinarse, avellanarse, apergamínarse*. Sea cual sea la base metafórica, todos estos verbos describen un mismo proceso en el que los semas comunes son la rigidez, la delgadez y la sequedad. Para todos ellos se señala un estrecho nexo con el concepto de vejez. Aunque no lo parezca, *esmirriado* se halla muy cercano a los contenidos recién citados, sobre todo si tenemos en cuenta su posible origen en *mirra*, a través del portugués *mirrado* (‘embalsamado’, ‘momificado’), ya que esta sustancia se destinaba a la conservación de cáveres.

denominaciones vegetales la preeminencia de términos relativos a la vid, planta de excepcional importancia en nuestra cultura. Incluso en el campo de la muerte (concretamente de la acción de *matar*) encontramos palabras que recogen esta referencia (*vendimiar*).

6. MITOS Y SUPERSTICIONES

Con esta sección comienzan, en el estudio cognitivo de la delgadez, los modelos icónicos que se consideran propiamente «culturales», nacidos de los mitos o de la religión. A. Pamies señala que, en las expresiones idiomáticas sobre la delgadez surgidas de estos dominios, la relación entre el sentido literal y el sentido figurado es menos natural que en las expresiones que tienen un fundamento corporal. Por esto mismo, como hemos mencionado más arriba, su proyección metafórica es más compleja. Generalmente su interpretación requerirá un esfuerzo mayor, una búsqueda de datos pragmáticos y culturales más intensa que en otros casos. *Arpía*, el monstruo mitológico mezcla de mujer y de ave rapaz, se emplea normalmente como sinónimo de mujer mala, grosera, incluso bruja. Pero en la misma acepción existe un enlace con la delgadez: la *arpía* es también (o además) la «mujer flaca y fea». Uno de los apelativos más comunes de la muerte, ya mencionado (*la parca*), proviene de la simplificación de un mito clásico (las Parcas o Moiras, diosas del destino a las que se creía también viejas y feas). En la codificación lingüística sólo se considera la fase final, Atropos, que cortaba el hilo de la vida hilado por Cloto y distribuido por Laquesis. Pero ya hemos comprobado anteriormente que esta visión mitológica de la vida y de la salud como un hilo, madeja o tejido cristaliza en otras palabras de campos diferentes.

La alusión a la superstición es abierta en una expresión como *parecer que le han chupado brujas* para designar delgadez y enfermedad: la creencia popular atribuía en muchas ocasiones las enfermedades a la influencia de malos espíritus y a los poderes extraordinarios de dioses, fantasmas o brujas. No es ninguna casualidad que la mayoría de las supersticiones se oriente hacia los ámbitos de la salud y de la muerte, dos partes de una tríada que completa el amor. Además, los tercios de la salud y el del amor se acaban identificando en muchos aspectos, pues durante siglos éste último ha sido considerado culturalmente como una enfermedad.

Como señala G. Jahoda, todo lo relativo a la salud es muy vulnerable a la superstición debido a la complejidad del cuerpo humano, que muchas veces nos hace desdeñar los procesos lógicos de causa-efecto y establecer analogías poco ortodoxas. La búsqueda de una explicación para las enfermedades es una tendencia humana universal que puede adoptar un desarrollo racional (la ciencia) o irracional (la superstición), frecuentemente complementarios.

7. RELIGIÓN

En una cultura como la hispánica, en la que la influencia de la religión ha sido y es tan fuerte, hay necesariamente un reflejo léxico. De esto se han ocupado extensamente muchos estudios, sobre todo en cuanto a los fraseologismos. En lo que se refiere a la delgadez y a la enfermedad, la constitución

del léxico condensa creencias muy complejas de la filosofía y de la religión. Por ejemplo, hay un grupo de sinónimos de la delgadez extrema que expone la asentada creencia en la división entre alma (o espíritu) y cuerpo: *espíritu, espíritu de la golosina, espiritado, espiritualizar*. La desaparición progresiva de la materia corporal hace aflorar ese otro constituyente intangible del ser. Una vez más, el mecanismo que fundamenta el empleo de estas voces es la hipérbole. La misma creencia apoya el uso de expresiones idiomáticas que describen estados de enfermedad muy graves o agónicos (*estar con el alma en la boca, estar con el alma entre los dientes*) en los que, curiosamente, el espíritu es tratado de manera más clara como un objeto.

Además de estas complicadas cuestiones filosóficas y teológicas, el léxico de la enfermedad y de la delgadez puede aludir a aspectos muy diversos de la religión. Entre los fraseologismos en los que surgía el armazón del cuerpo figuraba *quedarse en la espina de Santa Lucía*, mártir del siglo iv más asociada con las dolencias de la vista. Esta expresión, hoy en desuso, aparece, por ejemplo, en boca de Sancho Panza (parte II del *Quijote*, capítulo 3) como forma de ponderar una debilidad tan extrema que puede llegar a privar incluso de la visión¹⁶. Más arriba mencionábamos a santos como San Antón, San Antonio o San Marcial en la denominación de una determinada enfermedad, ya que bajo sus respectivas advocaciones se realizaban ciertos ritos de curación para la misma. Otro personaje representado en este tipo de léxico es el propio demonio, en una palabra como *estantigua*. Su primera acepción es «aparecido, visión pavorosa». Como segunda acepción, figuradamente, significa «persona alta, delgada, desgarrada». *Estantigua* viene de *hostis antiquus*, nombre dado al diablo por los Padres de la Iglesia. Del mismo modo, *fariseo* como «hombre alto, flaco y desgarrado» tiene una clara motivación evangélica.

La enfermedad (y también la muerte) se ha denominado en ocasiones *desgracia*, privación de la ayuda sobrenatural o divina. El castigo sobrenatural o la posesión demoníaca como causas de enfermedades se hallan presentes desde muy antiguo en todas las culturas. Generalmente en la cultura popular, cuanto más grave o repentina es la enfermedad, más se suele atribuir a causas sobrenaturales. En lo que más difieren las culturas es en la interpretación de la enfermedad como una consecuencia del comportamiento. Realmente es el cristianismo el que se apropia de la idea de la enfermedad como castigo¹⁷,

¹⁶ A pesar de estar en desuso, esta expresión se recoge en uno de los más recientes repertorios fraseológicos del español, el *Diccionario fraseológico documentado del español actual*, de 2004. La gran mayoría de las expresiones fraseológicas referidas a la enfermedad que aparece en este trabajo (e incluso ejemplos del léxico no fraseológico) se halla recogida en el diccionario recién mencionado.

¹⁷ No sólo de la idea de enfermedad, sino de manifestaciones suyas muy concretas y excepcionalmente presentes en la vida de los seres humanos, como el dolor. El dolor como castigo

y la potencia. Por esta razón muchas enfermedades a lo largo de la Historia han tenido un carácter «vergonzoso», sobre todo si se relacionaban con algún aspecto sexual, y esta tendencia perdura en la actualidad.

Bibliografía

- BAÑOS DÍEZ, J.E. y GUARDIOLA PEREIRA, E., *Dolor y refranes. Una introducción a la paremiología algesiología*, Madrid, Noesis, 2001.
- CASARES, J., *Diccionario ideológico del español* (1959), Barcelona, Gustavo Gili, 1997.
- CERVANTES SAAVEDRA, M. de, *Don Quijote de la Mancha* (1605, 1615), Madrid, Alfaguara, 2004.
- COROMINAS, J. y PASCUAL, J.A., *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*, vols. I, II, III, IV, V, VI, Madrid, Gredos, 1980, 1981, 1986, 1991.
- COSTA, I.P. y ROLDÁN, G., *Enciclopedia de las supersticiones*, Barcelona, Planeta, 1997.
- DURANTI, A., *Antropología lingüística*, Madrid, Cambridge University Press, 2000.
- EMBER, C.R. y EMBER, M., *Antropología cultural*, Prentice Hall, 1997.
- FRAKE, C.O., *Language and Cultural Description*, Stanford University Press, 1980.
- GIBBS, R.W., «Psycholinguistic studies on the conceptual basis of idiomacity», *Cognitive Linguistics*, 1-4 (1990), págs. 417-462.
- GIBBS, R.W. y O'BRIEN, «Idioms and mental imagery: the metaphorical motivation of idiomatic meaning», *Cognition*, 36 (1990), págs. 35-68.
- GRMEK, M.D., *Le concept de maladie. Histoire de la pensée médicale en occident*, Paris, Seuil, 1995.
- JAHODA, G., *Psicología de la superstición*, Barcelona, Herder, 1976.
- LAKOFF, G. y JOHNSON, M., *Metaphors we live by*, University of Chicago, 1980.
- LAKOFF, G., «Les universaux de la pensée métaphorique: variations dans l'expression linguistique», *Diversité des langues et représentations cognitives*, Ophrys, 1997, págs. 165-181.
- LORIE, P., *El gran libro de las supersticiones*, Robinbook, 1992.
- MOLINE, J., «Charlatanes y curanderos. Orígenes, métodos y lenguaje», *Tonosdigital*, 2 (noviembre 2001) <www.tonosdigital.com> [consulta 20-03-2005].
- MOLINER, M., *Diccionario de uso del español* (1966), Madrid, Gredos, 1998 (versión electrónica de 2001).
- PALMER, G.B., *Lingüística cultural*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.
- PAMIES BERTRÁN, A. y IÑESTA MENA, E., *Fraseología y metáfora: aspectos tipológicos y cognitivos*, Granada, Método, 2002.
- PAMIES BERTRÁN, A., «L'interculturel et les universaux sémantiques: l'équivalence cognitive en traduction», *Medzinarodna Vedecka Konferencia pri Prilez itosti 25*

divino se explicita ya en el Génesis («Parirás con dolor»), y ha quedado fijado lingüísticamente en español en multitud de fraseologismos y paremias.

- vyročia zolozenia fakulty; Ekonomická Faculta, Universty Mateja Belav Banskej Bystrica, 2002.*
- PÉREZ-BOWIE, J.A., *El léxico de la muerte durante la guerra civil española*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1983.
- PORTO DAPENA, J.Á., «Diccionario de uso del español», Monográfico sobre María Moliner (conferencia leída en el *Primer Foro Hispánico de Ortotipografía y Entorno de la Escritura*, Universidad de Málaga, 1999) <<http://cvc.cervantes.es>> [consulta 10-06-2005].
- RAE, *Diccionario de Autoridades*, Madrid, Gredos, 1726.
- RAE, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Real Academia Española, 2001.
- RODRÍGUEZ PONCE, M.I., «Aspectos sociolingüísticos y socioliterarios en la poesía de cancionero», en *Actas del II Congreso Internacional sobre el Cancionero de Juan Alfonso de Baena*, tomo I, Baena, M.I. Ayuntamiento de Baena, 2003, págs. 613-632.
- RODRIGO, M., *El País Semanal*, 11-10-1992.
- SECO, M., ANDRÉS, O. y RAMOS, G., *Diccionario fraseológico documentado del español actual*, Madrid, Aguilar, 2004.
- SONTAG, S., *Illness as Metaphor and AIDS and its Metaphors* (1978, 1989), Penguin Books, 2002.
- VOX, *Diccionario ideológico de la lengua española*, Barcelona, Bibliograf, 1995.
- WHITE, G., «Proverbs and cultural models», en D. Holland y N. Quinn (eds.), *Cultural Models in Language and Thought*, Cambridge University Press, 1987, págs. 151-172.